

Mohamed Sahnoun, Argelia. **Un ensayo temático que se refiere al Principio 16 sobre el uso de la Carta de la Tierra para resolver las causas fundamentales del conflicto violento en África**

Degradación del medio ambiente como causa del conflicto violento



Mohamed Sahnoun ha tenido una prestigiosa carrera diplomática, habiendo fungido como Asesor del Presidente de Argelia sobre relaciones diplomáticas, Subsecretario General de la Organización de Unidad Africana (OUA) y Subsecretario General de la Liga de Países Árabes a cargo del diálogo árabe-africano. Ha ocupado el cargo del

Embajador de Argelia ante los Estados Unidos, Francia, Alemania y Marruecos, así como ante las Naciones Unidas (ONU). El Sr. Sahnoun actualmente ocupa el cargo de Asesor Especial del Secretario General Kofi Annan en la región del Cuerno de África. Anteriormente, se desempeñó como Asesor Especial del Director General de la Organización Científica y Cultural de las Naciones Unidas (UNESCO) para el Programa de Cultura de Paz, Enviado Especial del Secretario General durante el conflicto entre Etiopía y Eritrea (1998-1999), Representante Conjunto de la ONU y la OUA en la región de los Grandes Lagos (1997), Representante Especial del Secretario General de la ONU ante Somalia (1992). Fue miembro de la Comisión Mundial sobre Medio Ambiente y Desarrollo (Comisión Brundtland) en la década de 1980, así como Asesor Principal del Secretario General de las Naciones Unidas para la Conferencia sobre Medio Ambiente y Desarrollo celebrada en 1992.

En Somalia vive un jovencito. Cuando va al pozo para darle agua a su rebaño de ovejas, se encuentra con otro somalí con su rebaño. Se miran el uno al otro de manera muy sospechosa y el uno le dice al otro, “¿Quién eres tú?” Y el otro le responde, “Yo soy el hijo de Fulano, quien es el hijo de Sutano” y así sucesivamente a través de todo el linaje de sus antepasados, con el fin de determinar si son del mismo clan. Si ellos reconocen que tienen el mismo bisabuelo, se dan la mano y le dan agua a sus rebaños. Pero si no lo son, entonces el uno le dirá al otro, “Por qué diantres vienes aquí a darle agua a tu rebaño en este pozo? Este pozo se remonta a mi bisabuelo. ¿Por qué vienes aquí y tomas nuestra agua? Esta es nuestra agua, no la tuya.” Y así empezará la pelea. Éste es un típico ejemplo somalí, donde el medio ambiente constituye un importante factor del conflicto violento. La gente allí habla el mismo idioma, son del mismo grupo étnico y casi todos son de la misma religión. Sin embargo, en realidad los somalíes están divididos en clanes y sub-

clanes que luchan entre sí por recursos naturales como el agua y las tierras de pastoreo. En tiempos pasados, la lucha era con palos; ahora es con Kalashnikovs. Eso es lo terrible del caso. No existen diferencias allí; ellos son el mismo pueblo.

En mi trabajo, a menudo soy testigo del vínculo que existe entre la degradación del medio ambiente y la propagación de conflictos violentos. Nosotros tendemos a subestimar el efecto negativo de la degradación del medio ambiente sobre la seguridad humana por doquier. Las recurrentes sequías, erosión de la tierra, desertificación y deforestación causados por el cambio climático y los desastres naturales obligan a grupos grandes de personas a desplazarse de una región a otra, lo que a su vez aumenta la presión sobre los recursos escasos, provocando una fuerte reacción por parte de las poblaciones locales. El detonante de la mayoría de los conflictos violentos es el tema de la inseguridad, causado por la perspectiva de exclusión de recursos o la amenaza percibida de una hambruna. Esta sensación de inseguridad con frecuencia es causada por la degradación del medio ambiente.

Estoy convencido de que la prevención, y solo la prevención, basada en intereses comunes y solidaridad a largo plazo, es la solución a la terrible tragedia ocasionada por conflictos violentos a lo largo de África. La prevención incluye el desarrollo sostenible. La Carta de la Tierra nos permite trazar mejor la ruta hacia el desarrollo sostenible. Nos insta a “implementar estrategias comprensivas para evitar el conflicto violento y usar la solución colaborativa de problemas para manejar y resolver conflictos ambientales y otras disputas” (Subprincipio 16.b). La Carta de la Tierra traza una ruta que minimiza la presión sobre nuestro medio ambiente y nos estimula a construir sociedades democráticas que son justas, participativas, sostenibles y pacíficas (Principio 4).

Yo empecé mi carrera como funcionario público internacional en calidad de Subsecretario General de la Organización de Unidad Africana. Me inicié a principios de la década de 1960 en Addis Abeba, Etiopía, a cargo de los conflictos incipientes de aquella época, tal como conflictos fronterizos, guerras de guerrillas y conflictos internos. Desde el principio, me percaté del vínculo que existía entre el medio ambiente y la seguridad. Me impresionó claramente el hecho de que casi siempre, si no todo el tiempo, las crisis eran consecuen-

cia directa de la degradación del medio ambiente, como recurrentes sequías, deforestación y erosión. Cuando estábamos abordando el problema de conflictos violentos, sabíamos que lo que hiciéramos para resolver el conflicto era realmente algo temporal. Lográbamos conseguir que las partes en conflicto llegaran a un acuerdo temporal, pero no abordábamos las causas fundamentales de la inseguridad.

Esta inseguridad era causada por la incertidumbre sobre el futuro. La gente no estaba segura de lo que le pasaría en los años venideros, en los meses venideros y, a veces, en los días venideros. La gente no estaba segura en cuanto a sus niños: si los podrían enviar a la escuela, si los podrían cuidar o alimentar. Por tanto, debido a esa angustia e inseguridad, hubo una tendencia a unirse a un grupo tribal o a un clan para buscar refugio y defender los intereses de ese sistema de clan o dentro de ese sistema tribal, aunque esa clase de lógica los llevara a la guerra o realmente no fuera conducente a resolver o dar una respuesta a sus problemas. No existe una justificación para las personas que viven esta situación; ellos sólo buscan su supervivencia.

Muy al inicio, me uní a Maurice F. Strong en el cabildeo por África para que ésta se uniera a la Conferencia de 1972 de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano a celebrarse en Estocolmo, Suecia. La gran labor que hizo Maurice Strong fue abogar por que la sede del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) se estableciera en Nairobi, Kenya. Fue la primera vez que un organismo internacional tuvo su sede en un país en desarrollo. Hasta entonces, las instituciones habían estado sólo el Nueva York, Ginebra o Viena. Desde Nairobi, la gente comenzó a percatarse de que los conflictos son causados por degradación ambiental.

La Carta de la Tierra hace un llamado para “erradicar la pobreza como imperativo ético, social y ambiental” (Principio 9). Erradicar la pobreza es abordar la causa fundamental del problema de seguridad: dando a la gente “el derecho al agua potable, aire limpio, alimento, seguridad, tierras descontaminadas, albergue y condiciones sanitarias seguras” (Subprincipio 9.a). Éste es un elemento muy, pero muy importante que la Carta coloca justo al inicio de la Parte III, Justicia Social y Económica. Esa es una forma de hacerlo y, por supuesto, el Principio 3 constituye también un llamado muy importante para la promoción de sociedades que sean “justas, participativas, sostenibles y pacíficas”; atacando, por lo tanto, las causas fundamentales del conflicto.

En calidad de Representante Especial del Secretario General de las Naciones Unidas ante Somalia, y ahora como Asesor Especial para el Cuerno de África, suelo meditar mucho, especialmente ahora sobre el proceso de paz del Sudán. En enero del 2005 se firmó un acuerdo de paz. Pero éste es el segundo que se firma, ya que se había firmado un acuerdo anterior en 1972, cuando yo estaba en Addis Abeba. Fue rubricado por los dirigentes del Norte y Sur del Sudán, pero sólo se mantuvo vigente por once años. En 1983, brotó nuevamente la guerra porque omitimos abordar las causas funda-

mentales del conflicto. Y ahora, después de haber firmado este nuevo acuerdo de paz, no existe ningún cabildeo ni interés real por parte de la comunidad internacional, por parte de los grandes poderes del mundo desarrollado, de hacer algo para que algunas de las causas fundamentales del conflicto sean resueltas. Por ejemplo, muy a menudo el Cuerno de África está sujeto a erosión y sequía. En el altiplano etíope, las temporadas lluviosas pueden ser muy frías y la gente necesita calefacción. Lo único que pueden hacer es talar árboles. El Cuerno de África ha perdido más del cincuenta por ciento de su corredor biológico sólo en la última mitad del siglo. ¿Puede imaginarse que se pierda un corredor biológico únicamente porque la gente necesita madera para calentarse? No tienen alternativa. Si no atacamos las causas fundamentales de la degradación ambiental y la inseguridad, el acuerdo de paz que se acaba de firmar en el Sudán corre peligro de fracasar en unos pocos años.

Mientras trabajaba con la región de los Grandes Lagos de África, manifesté que si deseábamos una paz duradera, necesitaríamos un pequeño Plan Marshall, algo que se hizo para Europa después de la Segunda Guerra Mundial. De todos los legados de la historia, olvidamos que la Guerra Fría fue un problema en extremo terrible para el Tercer Mundo y, en general, para los países en desarrollo. Durante la Guerra Fría, los dos bloques principales peleaban entre sí a con la gente del Tercer Mundo en medio. Ellos no fomentaban el buen gobierno ni la democracia: más bien ayudaban a las dictaduras. Si el dictador estaba contigo, eso era lo más importante. “Si estás con nosotros, no nos importa lo que le hagas a tu pueblo. Eres nuestro amigo y, por lo tanto, te apoyaremos aunque seas un dictador.” Los derechos humanos y la buena gobernabilidad no eran una prioridad en absoluto. Es ahora, luego de finalizar la Guerra Fría, que realmente hay algún interés en los derechos humanos y en la buena gobernabilidad.

Yo considero que al defender los principios de la Carta de la Tierra, como el de “respetar a la Tierra y la vida en toda su diversidad” (Principio 1), “construir sociedades democráticas que sean justas, participativas, sostenibles y pacíficas” (Principio 3) y “asegurar la riqueza y belleza de la Tierra para generaciones presentes y futuras” (Principio 4), seremos capaces de responder. Creo que la Carta de la Tierra es una respuesta muy apropiada e integral que se da al llamado a resolver las causas fundamentales de la inseguridad y el conflicto violento en África. Yo abrigo la esperanza de que la Carta sea adoptada y avalada lo más extensamente posible, para que se convierta en algo así como la Declaración Universal de Derechos Humanos. En cierto sentido, la Carta de la Tierra trata sobre los derechos de la Tierra. Una no puede existir sin la otra. Debemos terminar lo que hasta ahora hemos logrado en cuanto a la gobernabilidad y los derechos humanos, a través del respaldo internacional de los derechos de la Tierra. ●